

la ración partida como entre hermanos, las correrías por la abrasada campiña de Marsella en las cuales hurtaban cebollas que luego se comían de crudo en crudo escondidos en alguna zanja, los ensueños, los proyectos, los sueldos puestos en común, y cuando la fortuna empezó á sonreírles, las bromas que habían hecho juntos, las alegres francachelas en que de codos en la mesa cada cual desembuchaba todo lo suyo.

Mentira parece que se pueda llegar á reñir después de haber sido tan amigos, cuando se ha vivido como dos gemelos colgados de esa flaca cuanto fuerte nodriza que se llama la miseria, cuando se ha compartido su leche agriada y sus duras caricias! Estas ideas, difíciles de analizar, cruzaban como un relámpago por la mente de Hemerlingue. Casi instintivamente dejó caer su mano, cuan pesada era, en la que le tendía el Nabab. Vibró en ellos algo como una sensación animal, más poderosa que su rencor, y aquellos dos hombres que desde hacía diez años buscaban la manera de arruinarse, de deshonrarse el uno al otro, se pusieron á conversar como dos íntimos amigos.

Generalmente, cuando vuelven á reunirse dos amigos, pasadas las efusiones primeras, ambos quedan mudos, como si nada tuviesen que contarse, mientras que, al revés, es la misma abundancia de cosas, su afluencia precipitada la que las impide salir. Los dos compinches se encontraban en semejante situación; sólo que Jansoulet apretaba fuertemente el brazo del banquero por miedo á que se le escapase, á que resistiese al honrado impulso que acababa de provocar en él.

—No tienes prisa, ¿verdad? Podemos dar una vuelta juntos, si te parece... No llueve ya, el tiempo se ha serenado... nos hemos quitado una veintena de años de encima.

—Sí, sí, con mil amores, contestó Hemerlingue... pero yo no puedo andar mucho rato... tengo las piernas muy pesadas.

—¡Ah! es cierto, tus pobres piernas... Mira, allí hay un banco. Vamos á sentarnos un poco. Apóyate en mí, pobre amigo mío.

Y con el cuidado de un hermano, el Nabab le llevaba hasta uno de esos bancos que hay á cada lado cerca de las tumbas, en los cuales descansan esos duelos inconsolables que hacen del cementerio su paseo y su morada habitual. Y llegados allí, le instalaba, le miraba con amor, compadecía su enfermedad,

y por una corriente natural en aquel sitio, iban á parar al tema de su salud respectiva, de la vejez que les amagaba. El uno era hidrópico, el otro propenso á los ataques apopléticos. Los dos se medicaban por las perlas Jenkins, remedio peligroso, y, en prueba de ello, la muerte repentina de Mora.

—¡Pobre duque! dijo Jansoulet.

—Una gran pérdida para el país, dijo el banquero con aire de convicción.

Y el Nabab sencillamente:

—Para mí sobre todo, para mí, porque si hubiese vivido...

¡Ah! estás de vena, de mucha vena.

Temeroso de que se enojase, añadió al punto:

—Y además eres fuerte, muy fuerte.

El barón le miró guiñando el ojo, y tan maliciosamente que sus pequeñas cejas negras se hundieron en su amarillenta grasa.

—No, dijo, el fuerte no soy yo... Es María.

—¿María?

—Sí, la baronesa. Desde su bautizo dejó el nombre de Yamina por el de María. Aquello es ser mujer. Conoce mejor que yo la banca, y París, y los negocios. Ella es quien está al frente de toda la casa.

—¡Cuán feliz eres! suspiró Jansoulet.

Su tristeza ponderaba de sobras lo que le encontraba á faltar á la señorita Afchin. Tras unos momentos de silencio, prosiguió el barón:

—María no puede verte... Está bien seguro de que no le hará gracia el saber que nos hemos hablado.

Y fruncía el entrecejo como si le supiese mal su reconciliación á la idea de la escena que le valdría. Jansoulet balbuceó:

—Y con todo, no sé que yo le haya hecho nada.

—Vamos, vamos, que no os portasteis muy bien con ella... Piensa en la afrenta que recibió cuando nuestra visita de boda... Tu mujer haciéndonos pasar recado de que ella no recibía á antiguas esclavas... Como si nuestra amistad no hubiese debido de prevalecer sobre una preocupación añeja... Las mujeres no olvidan nunca una cosa así.

—Pero yo nada tengo que ver en ello. Ya sabes lo orgullosos que son esos Afchin.

—Él sí, pobre hombre, que no era orgulloso. Ponía una cara

tan compungida, tan suplicante ante el ceño arrugado de su amigo, que éste sintió lástima. Decididamente al barón el cementerio le enternecía.

—Mira, Bernardo, no veo sino un camino... Si quieres que volvamos á ser los camaradas de antes, que no sean perdidos esos apretones de manos que hemos cambiado, es preciso conseguir de mi mujer que se reconcilie con vosotros... Sin ello, como si no hubiésemos hecho nada... Cuando la señorita Afchin nos cerró tu puerta, tú la dejaste hacer, ¿no es eso?... Pues yo lo mismo, si María, al volver yo á casa, me dijese: «No quiero que seáis amigos...» á pesar de todas mis buenas intenciones no vacilaría en echarle la puerta por los hocicos. Porque, chico, no hay amistad que valga. Lo primero es la paz en casa.

—Pero si es así, dijo aterrado el Nabab, ¿qué camino seguir?

—Yo te lo diré... La baronesa se queda en casa todos los sábados... Vente pasado mañana con tu mujer á hacerle una visita. Encontraréis en casa á la mejor sociedad de París. No se rezará una palabra de lo pasado. Las señoras hablarán de modas, y de vestidos, y de cuanto ellas suelen hablar. Y luego, asunto concluido. Volveremos á ser amigos como antes; y puesto que estás en el atolladero, ¡qué diablo! te sacaremos de él.

—¿Te parece? Es que lo estoy más de lo que te figuras, dijo el otro moviendo la cabeza.

Otra vez las socarronas pupilas de Hemerlingue desaparecieron entre sus mejillas como dos moscas en la manteca.

—Vaya si me lo figuro... He remachado bien el clavo. No es que á ti te falte destreza... Los quince millones que prestaste al Bey fueron un magnífico golpe... ¡Ah! no te falta chispa, pero no aguantas bien las cartas. Se te ve el juego.

Hasta aquí habían hablado á media voz, impresionados por el silencio de la gran necrópolis; pero poco á poco los intereses humanos iban subiendo el tono á pesar de hallarse en medio de aquella inmensidad de piedras planas, llenas de fechas y de cifras, que manifestaban elocuentemente la inanidad de aquellos, cual si la muerte no fuese sino cuestión de tiempo y de cálculo, la solución voluntaria de un problema.

Hemerlingue era feliz al ver la humildad de su amigo, dá-

bale consejos acerca de sus negocios los cuales parecía que conocía muy á fondo. En su entender, todavía el Nabab podía salir fácilmente del apuro. Todo dependía de la aprobación del acta, una buena jugada. La cuestión era procurarla. Pero Jansoulet no tenía ya esperanza alguna. Al faltarle Mora le faltaba todo.

—Te falta Mora, pero me encuentras otra vez á mí. Nada pierdes en el cambio, añadió el banquero tranquilamente.

—No, no hay remedio... Es tarde ya... Le Merquier ha concluido su dictamen. Es terrible, á lo que parece.

—¡Pues bien! si ha concluido su dictamen, con empezar otro menos duro quedamos en paz.

—¿Pero cómo?

El barón le contempló estupefacto.

—¿Que cómo?... Chico, veo que ya no sirves... Pues con cien, doscientos, trescientos mil francos, si conviene...

—¡Disparate!... Le Merquier, la integridad en persona... «Mi conciencia» como le llaman...

Esa vez la carcajada de Hemerlingue rompió con expansión extraordinaria, y resonó hasta el fondo de los mausoleos vecinos poco habituados á tamaña falta de respeto.

—«Mi conciencia», la integridad en persona... ¡Qué gracioso!... De modo que tú no sabes que esa conciencia es mía, que la tengo yo y que...

Y se detuvo, miró detrás de él, algo asustado de un ruido que le había parecido oír.

—Oyes...

Era el eco de su propia carcajada que salía repercutido del fondo de una hoya, como si aun á los muertos les hiciese gracia lo de la conciencia de Le Merquier.

—Hombre, si anduviésemos un poco, dijo el banquero... Empieza á hacer fresco en este banco.

Y entonces, paseando por entre los panteones, le explicó con cierta fatuidad pedantesca que las propinas representaban en Francia un papel tan importante como en Oriente. Sólo que aquí había que cubrir más que allí las apariencias. Aquí se estilaban cubre-propinas...

Y si no, mira, ahí tienes á Le Merquier... Pues en vez de largarle un gran bolsón como á un *seraskier*, se arreglan las cosas de otro modo. Á él, por ejemplo, le gustan mucho los

cuadros. Está siempre en relaciones con Schwalbach quien se vale de él como de un cebo para la clientela católica... ¡Pues bien! se le ofrece una tela, un recuerdo para que le cubra uno de los entrepaños de su despacho. La cuestión está en que la tela lo valga... Ya verás, ya verás. Yo mismo te llevaré a su casa. Yo te enseñaré la manera de arreglar esas cosas.

Y satisfecho del asombro del Nabab quien, para halagarle, exageraba más su estupor, abriendo unos ojos de á palmo con aire admirado, el banquero prolongaba su lección, dándole un curso entero de filosofía parisiense y mundana.

—Mira, chico, lo principal en París es saber cubrir las apariencias... Ahí, ahí está la cuestión... ¡las apariencias!... Tú no piensas bastante en ellas. Tú te me cueles allá con el corazón en la mano, y tras, tras, lo esotas todo, al pan pan, al vino vino... Siempre el mismo... Te figuras que aquí puedes hacer lo que en los bazares, en los *souks* de Túnez... Esto es lo que te ha perdido, pobre Bernardo.

Se detuvo para cobrar aliento; estaba rendido. En una hora había hecho más gasto de pasos y de palabras que en un año. Entonces advirtieron que el azar de la marcha y de la conversación les había conducido otra vez al lugar donde había sido enterrado Mora, en la parte superior de un terraplén descubierto, desde el cual, y por encima de un millar de techos apiñados, se divisaban allá lejos, encrespándose como olas en alta mar, Montmartre y los cerrillos de Chaumont. Con la colina del Père-Lachaise hacían exactamente el efecto de esas tres ondulaciones equidistantes de que se compone, en el momento de la pleamar, cada embestida de las aguas. En los pliegues de aquellos abismos, por entre los vapores violáceos que subían, comenzaban á pestañear, como linternas de lancha, algunas lucecitas; perfilábanse algunas chimeneas á manera de mástiles ó de tubos de steamer que lanzan resoplidos de humo, y parecía como si arrastrándolo todo en su movimiento de ondulación, el océano parisiense se lo llevase en tres saltos cada vez decrecientes á la sombría playa. El cielo se había serenado en toda su extensión, como acontece á menudo al anochecer de un día lluvioso, un cielo inmenso, matizado de arboles, sobre cuyo fondo erguía el panteón de la familia de Mora sus cuatro figuras alegóricas, recogidas, meditabundas, suplicantes, agrandadas por la

muriente luz del día. No quedaba allí el más leve vestigio de los discursos, de las lamentaciones oficiales. El suelo, al rededor, lleno de pisadas, unos cuantos albañiles ocupados en limpiar el dintel de las manchas de yeso, eran el único recuerdo de la inhumación reciente.

Cerróse con toda su metálica pesadez la puerta del panteón ducal. El ex-ministro de Estado quedaba solo por siempre más, bien solo en la oscuridad de su noche, más densa todavía que la que iba subiendo paulatinamente del fondo del jardín, invadiendo las avenidas, las escaleras, la base de las columnas, pirámides, criptas de toda especie, cuya cúspide era la última en morir. Pasaban con sus trebejos y sus zurroneos grupos de trabajadores del cementerio, blancos con esa blancura pizarrosa de los huesos desecados. Siluetas enlutadas, sustrayéndose mal de su grado al llanto y á la oración, deslizábanse furtivamente á lo largo de las cercas de verdura rozándolas con el callado vuelo del ave nocturna, á tiempo que en los extremos del cementerio sonaban voces melancólicas anunciando que era hora de cerrar. Había acabado la jornada fúnebre. La ciudad de los muertos, restituída á la naturaleza, convertíase en inmenso bosque con las encrucijadas plantadas de cruces. En una hondonada, una garita de vigilante encendía sus cristales. Oíase por doquier una especie de susurro que se desvanecía en cuchicheos al final de las esfumadas avenidas.

«Vámonos...» se dijeron los dos camaradas impresionados poco á poco por aquel crepúsculo helado. Pero, al emprender la marcha, Hemerlingue, insistiendo en su tema de antes, enseñó el monumento alado en sus cuatro ángulos por los ropajes y las manos tendidas de sus esculturas:

—¡Mira! Aquel era el maestro en eso de cubrir las apariencias.

Jansoulet le dió el brazo para ayudarle á bajar.

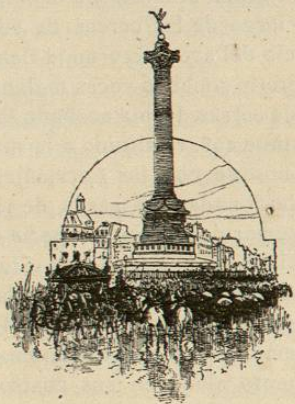
—¡Ah! sí, él sí que era fuerte... Pero tú, tú lo eres todavía más que los otros juntos... decía en su terrible entonación cortesana.

Hemerlingue se abstuvo de protestar.

—Á mi mujer se lo debo... Conque, á ver si haces las paces con ella, porque si no...

—¡Oh! pierde cuidado... El sábado en tu casa... Pero tú me acompañarás á la de Le Merquier.

Y mientras las dos siluetas, la una gigantesca, cuadrada, maciza y baja la otra, desaparecían por las revueltas del gran laberinto, mientras se iba desvaneciendo la voz de Jansoulet que guiaba á su amigo: «Por aquí, querido... Agárrate bien,» detrás de ellos, en el terraplén, un rayo fugaz del sol poniente iluminaba el busto expresivo y colosal, con su ancha frente cobijada por largos y erizados cabellos, con sus labios vigorosos é irónicos, de Balzac que les estaba contemplando...



XX.

LA BARONESA HEMERLINGUE.

EN el extremo de la prolongada bóveda bajo la cual estaban situadas las oficinas de Hemerlingue é hijo, negro túnel que papá Joyeuse había empavesado é iluminado con sus ensueños durante diez años consecutivos, subía hacia la izquierda una escalera monumental con pasamano de hierro labrado, una escalera del París antiguo, que conducía á los salones de recibo de la baronesa, situados punto por